

Las Palmas

Chana Suárez Sánchez, 85 años

Corina Morera Villar, 23 años

ALGUNOS ÁNGELES TAMBIÉN SANGRAN

Chanita, una gran mujer que en este mundo, en esta vida, parece desfasada, lejos de la actual historia del mundo. Porque pocas personas, como ella, se digna gritarle al mundo que no espera nada de él, pero que se lo entregará todo sin reservas...

Sorbía el jugo de los frutos del café, ese dulzón almíbar desprendido en la boca desde la pequeña fruta roja, sacando el grano para molerlo más tarde en la finca, cuando la guerra entre iguales assolaba el país.

Pero ella estaba bien. Siempre lo estaba. Bien para todos... Y para su hombre, aquel muchacho que su padre había rechazado hasta aquel momento; aquel instante de felicidad que transformaría su vida, al menos un segundo; su segundo entero de vida, de gracia.

Su príncipe azul, que se había marchado a una guerra lejana, allá por el norte de la inmensa Europa, Alemania; el soldado, su amado, contaba con orgullo cómo había sobrevivido. Valiente, temperamental, consciente de cuanto le rodeaba, comiendo cáscaras de plátano, si las encontraba, por no haber mucho más...

Su soldado... Su hombre... Aquél al que querían casar con otra dama, poseedora de más riquezas, pero que volvería a la casa de su Chanita, a buscarla, a su princesa. Y se enfrentaría a su padre a los pies de la escalera interior del hogar, reclamándola, diciendo en alto las palabras más mágicas de su historia. Aquellas que esta anciana confesora, repitiera una y otra vez durante nuestras pequeñas charlas. "Quiero que baje, porque esa mujer que está allá arriba... es mi esposa".

Los ojos se ahogan a cada palabra que sale de su boca, retornando el mágico e idílico recuerdo, de una vida que nunca fue idilio...

Y aquí cambia la historia. No es tan tierna, ni tan emotiva. No es tan romántica, ni tan idílica. Es la historia de una gran mujer, fuerte pero sensible, que encaró una secuencia de guerra y dolor entre el pasar de sus años...

Durante la guerra, convivió en una finca con sus parientes más cercanos. Sorbía el fruto del café y lo molía, plantaba, regaba, recogía, limpiaba... , algo más abajo de aquel tan sonado castillo de Mata. No vivía tan mal en comparación, según recuerda, porque tenían agua, café, leche fresca, arroz, y en fin, aquello que hacía que al menos se pudiera subsistir sin graves problemas.

Pero hubo momentos de miedo, de pánico incluso. Desde el castillo se oían disparos. Cuando alguien salía de la finca, si era descubierto, las balas corrían, porque pensaban, o eso decían, que en el hogar se escondían reclusos, o rojos... los temidos rojos.

Aquellos, que en aquel duro tiempo, más que rebeldes del mundo y de su causa, parecían demonios salidos del más profundo averno ¡Solo eran hombres por Dios!, ¡Solo eso! Y se ocultaron durante semanas, en la oscuridad de los sótanos de la finca, temiendo recoger el mínimo rayo de sol, por si les veían.

Pero finalmente, todo acabó. Lograron hablar con aquellos uniformados, pertenecientes a una historia que parecía desfasada, y comprendieron que no eran reclusos, ni demonios.

Hasta que ocultaron por piedad a uno de esos rojos. Sabiendo que también era persona, con ideas algo distintas. Y nada más. Lo recogieron y le dieron cobijo, alimento, aseo. Lo cuidaron.

Si escuchamos la historia completa de la vida de nuestra Chanita, podríamos sacar desesperanzados la maldita conclusión de que dar, fuera lo contrario a recibir. Tan contrario el concepto, que dar, implicaba perder.

El comunista los traicionó, dió la posición de quienes le habían salvado y contó su historia. Nunca sabremos por qué. Aunque tampoco parece preciso. La historia está repleta de traiciones que nunca se entendieron.

Chanita visitaba a menudo a su hermano al manicomio, Pepe. Pepe “llenaba su cabeza de pajaritos”, o eso dirían algunos. Desequilibrado, dividido, algo ido... pero era bueno, tan bueno; y la quería tanto, más que a ningún hermano, porque ella le cuidaba, le llevaba sus chismes, sus risas, sus cariños, sus palabras.

Cuánta lágrima desprendida al recordar el amor de su hermano ya fallecido. No fue el único desequilibrio en la familia, pero no adelantemos.

Su caballero. Su soldado. Un día, un extraño día, habló con su mujer sobre la acogida de un niño “Chanita, ¿quieres que yo traiga a un niño?”. No podían tener suyos propios, faena de Dios y alguna operación a su matriz. Ella asintió esperanzada. “Si alguien no puede cuidarlo, pensaba ¿por qué no yo?”. Y así trajeron sucio, sin curas, acabado de nacer, a su hijo, Nicolás.

Su pequeño Nico, niño cuya mente enfermó a corta edad. “Bichos”, decía, “bichos” los había por todas partes, los veía y sentía a su alrededor, “bichos”. El médico, y una acertada medicación le pusieron de nuevo sobre el buen camino. O al menos, sobre el sano.

Nico era algo egoísta, apartado, algo insensible para con su madre, que sin parirlo si quiera, lo cuidaba y amaba más que cualquier persona en este mundo. Sin ser suyo, sin ser propio, lo sentía de su carne, de su sangre. Y aunque no suyo, ocultaba un secreto más propio de lo que llegó a pensar jamás.

Su marido gustaba de bailar, y cuando, hace más de 20 años, llegó su hora, postrado en la cama llamó a su mujer. En sus bailes conoció a una señora, de cuya relación nació Nicolás, el hijo que cuidaban juntos. Por ella supo del niño... o no. Porque la realidad es cruda.

De la mujer ya mayor que bailaba con su marido era el fruto, y de él mismo. “El niño es mío, me volví a enamorar, cuando muera, todo lo que tengo será solo para él”.

Y Chanita, como en un mantra, solo repetía, incluso después de aquella traición de enorme magnitud: “Que baje, porque esa mujer que está allá arriba es mi esposa...”. Y aunque la vida le demostraba, fríamente, que dar no era recibir, ella daba, y era lo único que al volver a nacer haría siempre.

Más anécdotas pueblan la vida de una heroína cotidiana, tantas, que grandes y numerosos volúmenes se escribirían, pero quería expresar un fragmento, un retazo de las líneas de esta mujer, a la que otorgaría alas si pudiera, porque los ángeles, si existen, no dan tanto como ella.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Esta mujer de anciana experiencia, dice llorando pero firme, que lo más importante de este mundo es su hijo. Nicolás. Ese pequeño que, si hacemos caso a la historia, vemos como un ser que llegó casi de prestado, en una extraña situación que Chanita entendería mucho más adelante en su vida. Un personaje que la quería a medias, a ratos, como niño caprichoso, que no era capaz de reducir su egoísmo o aumentar su cariño.

Pero Nicolás es lo más importante, porque es lo único que le queda suyo propio. Triste si recordamos, que ni siquiera es suyo, o su verdadera procedencia.

No es mi deseo poner entre papeles sucios las palabras que vayan para él. Es su hijo. Tuvo sus buenos momentos, tuvo su gran lugar, y aún lo tiene. Es mi deseo entonces, el dar por esclarecido el quizás doloroso papel que, en realidad, ha jugado en la vida de Chanita un ser como él. Mitad ángel y mitad demonio. Un pequeño “angemonio” que nos recuerda que a veces, lo más amargo de la vida es lo que nos empeñamos hacer más dulce.

La elección es nuestra. Como de ella fue el amarlo como nadie lo amará. Sin importarle en el camino, lo recíproco que fuera. No es fácil. No lo fue. Pero siempre será su Nicolás. En acto, lo más importante para Chanita es dar; dar sin esperar nada a cambio.